

David Choin

El tiempo invariable
de Pedro Jorge Vera:
*novela en clave,
realismo totalizador y
narrativa del
desencanto*

Pedro Jorge Vera resultó ser el periodista emblemático de *Mañana*, a la vez que uno de los impulsores de la Gloriosa (movimiento revolucionario popular que puso fin a la dictadura de Carlos Arroyo del Río en Ecuador en 1944). Para unos pocos —quizá los más sagaces—, también fue el paradigma del intelectual fiel a sus ideales y a su país, aunque le haya costado el exilio, la represión y las penurias económicas.

Un primer acercamiento a *El tiempo invariable* lleva a formularse la pregunta siguiente: ¿introduce algo nuevo esta novela en la ya entonces extensa producción de Pedro Jorge Vera? Pero no: ni estilística ni técnicamente. Ahora bien, *El tiempo invariable* se convierte en la última pincelada del fresco histórico ecuatoriano que el autor pintó en todas sus obras. Ese fresco incluye especialmente *Los animales puros* (1946) —obra en la que narra los años de militancia inicial de un grupo de jóvenes comprometidos con la revolución, a quienes los avatares de la vida hacen evolucionar (Rojas, el apóstol ascético; Moreno, el proletario duro; Suárez, el cínico; David, el protagonista, el intelectual venido de la burguesía, que busca en la fe política una razón para vivir); *El pueblo soy yo* (1976), novela en que retrata el

velasquismo; y sus *Doce cuentos de la historia* (1997), relatos en que revisita los hitos de la historia ecuatoriana, de los cuales tomamos para nuestro análisis «El primer grito fue en el XVI», «El duende enamorado», «La gloria, la libertad, el amor», «El reparto del botín», «El odio en el poder», «El mudo incestuoso», «Las lágrimas de Don Juan», «El último carajo» y «Leyendas del tiempo heroico».

Al igual que en *Los animales puros*, en *El tiempo invariable* desfilan arquetipos, y en un ingenioso juego dialéctico se producen, a nuestro juicio, las oposiciones siguientes: el militante auténtico (Miranda) al oportunista de turno (Alfredo Torres); el sardónico (Bejarano) al intelectual frustrado (Jaime Zapata); el nihilista (Orrala) a la idealista (Cecilia); el ingenuo devoto (Sebastián) a la militante anarquista (Violeta Ramírez); y el hombre del pueblo (Emeterio) al escéptico (el mismo Orrala).

Pedro Jorge Vera se enorgulleció hasta su muerte de que su obra contribuyera, en cierta forma, a la creación de una sociedad menos horrible (sin injusticia, crueldad ni corrupción), en la que *libertad* fuera algo más que una palabra vacía de significado, dada la alienación y miseria imperantes. Según confesó su esposa Eugenia Viteri en una entrevista, su novela póstuma, *El tiempo invariable*, recoge su ira debida a toda una década de un panorama social conmovedor (EEV, 2007, 145). Refuerza esta idea el exordio tomado de Eça de Queiroz, que anticipa la lectura de esta novela desengañada e iracunda: «Pero ¿quién tiene aquí principios? ¿Quién tiene aquí cuatro principios? Nadie: tienen deudas, vicios secretos, dentaduras postizas; pero principios ¡ni miedo!».

Convendría explicar cómo este manuscrito puro, que no pudo ser retocado por su autor antes de morir, materializa esta lucha vitalicia de Pedro Jorge Vera por un Ecuador mejor. Desde nuestra perspectiva, podrían proponerse tres ejes de estudio: la novela en clave, el realismo totalizador y la narrativa del desencanto.

Primer eje: novela en clave

El tiempo invariable desarrolla retratos de individuos que realmente han existido o aún existen. Este recurso no tiene como propósito directo rescatar héroes y estigmatizar traidores o culpables, sino, como siempre con Vera, despertar el espíritu crítico

de las masas. En este sentido, la novela comienza con un proemio en el que es patente la conmoción por la caída de la URSS. Se escucha primero la voz del comunista intelectual Méntor Mera, que vocifera: «Ahora sí, ¡a pensar, cojudos!» (p. 21). Mera, en realidad, había pronunciado esta oración cuando, reunidos en la librería de Roura, se enteraron de que la Internacional había resuelto suspender la publicación de su periódico orientador (*Gracias a la vida*, p. 191).

Después de la presentación del cuadro histórico en el proemio, inicia la narración *in medias res* con la descripción de Pedro Luis Bejarano por el narrador: cincuentón acaudalado para quien la humanidad es un circo en el que actúan una infinidad de payasos; ser indiferente a los conflictos sociales y a la política, que escudriña desde la mira de un espectador sarcástico; hombre criado y formado en Europa, que deberá volver al Ecuador para hacerse cargo de los bienes familiares a la muerte de su padre... Es cuestionable, sin duda, que este ecuatoriano venido del extranjero juzgue el Ecuador del 96 al 98. ¿Qué pretende decir Vera con eso? ¿Que el ensimismamiento, la falta de diálogo, la inmadurez y los acuerdos para preservar los pequeños privilegios del Partido son la explicación a la mediocridad política del país? ¿Son tan incapaces los políticos de hacer a un lado los rencores en pro del bien del país, que solo alguien de fuera podría reunir a los representantes de los diferentes idearios?

Y es lo que sucede. En efecto, la novela se abre con el diálogo animado sobre el gobierno de Sixto Durán Ballén, entre Eugenio Miranda (líder del PCE), el ultraderechista (Eduardo Santibáñez), el marxista-leninista Alfredo Torres, el nihilista Gustavo Orrala y la idealista Cecilia Delgado. El centro de discusión es la corrupción y el enriquecimiento ilícito de la familia del presidente a pocas semanas del final de su mandato. Durante esta cena organizada por Bejarano y por Jaime Zapata, su asistente, se delinean las ideologías políticas de los concurrentes: comunistas, socialdemócratas y socialistas.

Al calor de la campaña presidencial para las elecciones del 96, las máscaras van cayendo. Los familiares del socialdemócrata Eduardo Santibáñez están alineados con Nebot, representante del empresariado moderno, pero Santibáñez elige apoyar y financiar a Bucaram, siguiendo el consejo de su

banquero. No importa que había prometido apoyar a Nebot, no importa la ideología: importa quien gane. Le dice su banquero que gobernarán Álvaro Noboa, Roberto Isaías y él. En este caso, este «él» es David Goldbaum, cabeza de la Corporación Financiera Nacional y accionista del Banco Territorial, quien, junto con Noboa e Isaías, asesoraría a Bucaram en Economía.

Jaime Zapata, ayudante de Bejarano, era un revolucionario, poeta e investigador en Sociología, pero se cambia de bando, hasta tal punto que redacta un manifiesto bucaramista. Alfredo Torres, originariamente marxista-leninista, se desvincula del PCE, funda el partido Emancipación Nacional, y se vuelve asesor de Bucaram. Llegados a este punto, es difícil ignorar las potenciales analogías entre la actuación de estos personajes ficticios con un Jaime Galarza Zavala (sociólogo de tesis revolucionarias, redactor de *Mañana*, que se afilió finalmente al Partido Roldosista Ecuatoriano en 1991), y un Alfredo Castillo Bujase (fundador de Liberación Nacional en 1987, asesor de Bucaram y candidato a la vicepresidencia de la República, junto con Álvaro Noboa, en las elecciones de 1998). Sin ambages, el narrador sentencia al respecto:

Por lo demás, Alfredo Torres no era el único. Allí estaba Jaime Zapata, con sus libros a cuestas, en los que había planteado tesis radicales, todo para llegar a ministro del régimen infame. Allí estaba Fernando Arce [¿Fernando Artieda, portavoz y secretario general de Comunicación de Bucaram?] con sus poemas incendiarios, cada uno de los cuales era una bomba, para terminar de propagandista obcecado del gobierno. Y el escritor aquel que escribió una novela aceptable, enlodándose a última hora al aceptar la Subsecretaría de Cultura [¿Estupiñán Bass?] (p. 122).

En último lugar, no podían escapar de la caricatura Sandra Correa, exministra de Educación, llamada «Ministra Xerox» en la novela por haber plagiado enteramente la tesis doctoral de una amiga suya, y Abdalá Bucaram, llamado «Barbaram» desde que ganara las elecciones. La figura carnavalesca imaginada por Vera, bien ayudado por el peculiar carácter del sujeto (mal cantante y bailarín, borracho sempiterno, megalómano), llega a su clímax cuando el presidente sale en medio de la noche del Carondelet asustado por los fantasmas de García Moreno, quien

le dijo: «Abdalá, hijo mío, más energía, nada de contemplaciones», y de Eloy Alfaro, quien le apostrofara con la fórmula «¡Turco maldito, la pagarás!» (p. 104).

Segundo eje: realismo totalizador

Los acontecimientos históricos articulan la narración, no la enmarcan. La articulan en el sentido de que se hacen referencias implícitas al final del mandato de Sixto Durán Ballén, a la enconada campaña presidencial para las elecciones del 96, a la riña Nebot-Bucaram para la segunda vuelta, al advenimiento del «profeta de las masas», a su estrepitosa salida del Gobierno y al mandato de Fabián Alarcón. Pero, en realidad, lo que importa es la utilización del recurso del doble plano narrativo. Por un lado, una acción lenta, simple y monótona; por otro, los conflictos interiores expresados a través de monólogos transcritos en estilo directo, diálogos y, por supuesto, los comentarios de un narrador demiurgo. Es decir, en la narrativa de Vera los acontecimientos tienen un doble significado: lo que son en sí (acontecimientos de la historia nacional) y lo que pueden ser en la conciencia de los hombres. Estos hechos psicológicos desencadenan elecciones, actos y actuaciones que conforman la intrahistoria, como la llamara Miguel de Unamuno en *En torno al casticismo* (1902).

Conviene ejemplificar. La victoria de Bucaram significa para Eduardo Santibáñez la traición a su ideología, por seguir enriqueciéndose y haber conseguido un trabajo en una empresa pública para su hijo, por su lealtad a la causa ajena; al contrario, la caída en desgracia del «Man», como también se llama a Bucaram en la novela, lo aísla de su familia y conduce al despido de ese hijo. La desesperación es tal que, desvalido, Santibáñez se confiesa: «Tú ves que cumplo con mis deberes que contribuyo generosamente al culto tú ves que lucho sin tregua contra tus enemigos los evangelistas los masones los comunistas los socialistas todos los que odian y denigran a la Santa Madre Iglesia. Espero tu perdón Señor Santísimo» (p. 149, *sic*).

En *El tiempo invariable* los personajes están vistos por fuera y por dentro: por ellos mismos, por los demás y por el narrador. Así, la acción se mueve en el plano político, ideológico y ético, y se ramifica en seis direcciones diegéticas:

- 1) el arribismo de Eduardo Santibáñez;
- 2) la lealtad del comunista Eugenio Miranda;

- 3) el oportunismo del intelectual revolucionario Jaime Zapata, que cede a las sirenas del dinero fácil sirviendo a «Barbaram»;
- 4) la traición de Alfredo Torres, quien abandona el PCE para asesorar a Barbaram;
- 5) la historia de amor entre el escéptico Gustavo Orrala y la joven viuda idealista Cecilia Delgado; y
- 6) el distanciamiento y las burlas de Pedro Luis Bejarano.

Por otro lado, el realismo de Vera es totalizador por pluridimensional; llegan a mezclarse imaginativas pinceladas románticas, idealistas. En tres ocasiones en la novela, cuando Bejarano u Orrala organizan cenas, el narrador cede la palabra a los protagonistas para que, sucesivamente, en un párrafo cada uno, den su opinión sobre los acontecimientos históricos. En consecuencia, la construcción narrativa de Vera es técnicamente complementaria a veces y contraria en otras, lo que obliga a relativizar los hechos, las opiniones y las posiciones éticas.

Además, confluyen en esta novela la filosofía, cuando Orrala defiende su nihilismo hedonista; la historia, cuando el narrador bosqueja la genealogía de Eugenio Miranda y pasa revista a la Revolución liberal y al primer velasquismo; y la sociología y la historia, cuando Orrala invita a Bejarano, Miranda y Sebastián González para leerles el prólogo de su ensayo «América Latina». En este, Orrala habla de la falta de identidad del Ecuador por razones históricas, pero también por disputas regionalistas originadas en las condiciones precapitalistas de Guayaquil y feudales de Quito. Concluye el prólogo de Orrala con esta oración: «Y esto es toda la historia del Ecuador: lucha enconada por el poder, que los tiburones de una y otra región llaman patriótica» (p. 120).

A Pedro Jorge Vera le interesaba la permeabilidad de lo que escribía; le preocupaba que la gente se apropiara de los mundos que creaba. Es por esa razón que los personajes de Vera no solo actúan: piensan y razonan. Es así que abundan en la novela los monólogos interiores y los incisos del narrador para acotar, explicar, completar o reflexionar. Es lo que permite que la escritura literaria de Pedro Jorge Vera alcance la naturalidad de los lenguajes sociales, merced al vaivén entre lo político-ideológico público y la esfera privada sentimental, que, indudablemente, robustecen el realismo totalizador salvado de maniqueísmos e ingenuidades.

Tercer eje: narrativa del desencanto

A tono con la cita de Eugenia Viteri, *El tiempo invariable* resulta ser, a diversos niveles y desde variadas perspectivas, una narración del desencanto. Primero, del desencanto hacia los políticos: «Lo grave de este país es que ningún político tiene parámetros para encuadrar su conducta. Todo consiste en buscar la oportunidad para enchufar, para colocarse y colocar a sus parientes, para hacer negociados» (p. 82). Segundo, del desencanto de la izquierda revolucionaria (llámese *comunista* o *socialista*), incapaz de unirse para proponer otras alternativas al pueblo ecuatoriano. Tercero, del desencanto hacia el hombre en sí mismo (se aplica aquí la antropofagia social de la que hablaba Juan Montalvo al sostener que el hombre es un lobo para el hombre; la envidia, la falta de fe y la ingratitud lo corrompen; de hecho, Orrala denuncia que el haber votado por el «payaso ladrón» significaba que ya no había remedio para el pueblo, con lo que hace patente su decepción hacia la especie humana). Cuarto, del desencanto provocado por Bucaram al engatusar a las masas, al ilusionarlas con lo que parecía inalcanzable: tres comidas al día y un carro.

Como nunca hasta el 96, las clases baja y media baja veían sus vagas ilusiones dibujarse. Sus sueños se empezaban a hacer realidad cuando «Barbaram» tomaba la palabra y les prometía el oro y el moro. Cabe resaltar un fragmento de discurso de Bucaram en el que se reconoce su retórica populista: «Compañeritos: ¡a la carga!, a conquistar el poder, a ver si entonces estos ricos de porquería siguen chupándoles la sangre como ahora. Tendremos la república de los pobres y ningún oligarca va a darse gusto con sus autos de lujo, ni con sus mozas, que tienen tres o cuatro en la misma cama y que desde el día del triunfo serán propiedad del pueblo. ¡Yo les juro que ha terminado la hora de los ricos y ha llegado la hora de los pobres!» (p. 73). Nuevamente las masas fueron engañadas y nuevamente se desplomó una revolución esperanzadora. El personaje de Emeterio, representativo de los anhelos del pueblo, es conmovedor porque, a pesar de las mentiras, de las injurias y hasta de la destrucción de su casa y de la de otros pobres por buldóceres estatales, sigue teniendo fe en un futuro mejor.

Decía Pedro Jorge Vera: «Solo cuando el pueblo tome el poder, solo cuando el pueblo efectúe su revolución, terminará esta orgía escandalosa de robos, negociados y atracos. Porque el pueblo no puede robarse a sí mismo, porque el pueblo no ama la *dolce vita*, porque a ella se entregan las oligarquías dominantes; por eso, el pueblo tiene que hacer su propia revolución, ya sin caudillos ajenos: con caudillos que surjan del pueblo mismo» (*Gracias a la vida*, p. 178).

Cecilia se hace portavoz de los designios de Vera. Su fe inquebrantable en el hombre, en su capacidad para liberarse (la misma a la que aducía el escritor), se verifica en la última oración de la novela: «Surgido de la lucha contra el mal y la ignominia, el mañana será un tiempo diferente: el comienzo de la historia humana» (p. 165).

A manera de conclusión

Consideramos que todas las novelas de Pedro Jorge Vera comparten tres propiedades recurrentes: profundidad, amenidad y claridad. *El tiempo invariable* no es una excepción.

Profundidad: el texto no se limita a retratar la realidad aparente y superficial, sino que parte de ella para crear una narrativa de la autenticidad. Cada uno de los 37 cuadros que componen la novela son miniaturas alucinantes de verismo, que dejan aflorar los dramas humanos y sus claroscuros.

Amenidad: leer la última pieza de la saga de Vera es asegurarse el placer de leer sobre la humanidad, de pensar en ella y, por qué no, solidarizarse con el Ecuador y su devenir. Con esta novela, Pedro Jorge Vera lega una renovada visión del pasado con incidencia en el presente y en el futuro.

Claridad: esta obra realiza confrontaciones cuestionadoras, sin maniqueísmos. Si escribir es un acto de fe, en el caso de Pedro Jorge Vera era la fe en el advenimiento de un socialismo auténtico, materializado en la repulsa a que el dinero fuera la medida de la vida y de los intercambios sociales.

Conseguida con una gran economía de recursos, *El tiempo invariable* constituye una denuncia vibrante frente a la conciencia de Ecuador. Esta novela permanece como obra de arte y como protesta, ya que todavía se percibe una sociedad ecuatoriana dividida por las úlceras de la propiedad, de la hipocresía y del arribismo. Con *El tiempo invariable*, Pedro Jorge Vera vuelve

a dar su modesto aporte a las batallas del pueblo ecuatoriano para su conquista de la conciencia vigilante en defensa de la libertad y la dignidad.

Bibliografía

- CALDERÓN , C. (1993): «Pedro Jorge Vera: el escritor, el hombre insobornable», en *Crónica del Río*, núms. 4-5, sep. 1993, pp. 83-86.
- _____ (1999): «Pedro Jorge Vera se confiesa. Entrevista», en *Cultura. Revista del Banco Central del Ecuador*, 2ª época, núm. 7, pp. 33-37.
- CARRIÓN, B. (1958): «Una novela intelectualizada», en *El nuevo relato ecuatoriano*, pp. 201-204, Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- EEV (2007): «Entrevista a Eugenia Viteri: «No cambiaría nada de mi vida»», en *Kipus: Revista Andina de Letras*, núm. 21, I Semestre, pp. 139-146.
- MORA, M. (ed.) (2014): *Pedro Jorge Vera: cien años de un animal puro*. Quito: Imprenta Mariscal.
- POBLETE , E. (ed.) (2014): *Conversaciones: Pedro Jorge Vera y Galo Mora Witt*. Quito: Galo Mora Witt.
- SERRANO , R. (2015): «Pedro Jorge Vera: cartas de un viaje vital (1930-1980)», en *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, vol. 1, núm. 373, pp. 401-421.
- TORNÉ , E. (2014): «La sencilla lucidez de Pedro Jorge Vera. Notas a propósito de su cuentística», en *Kipus: Revista Andina de Letras*, núm. 35, pp. 14-33.
- UNAMUNO, M. (1902): *En torno al casticismo*. Barcelona: A. Calderoin & S. Valentii Camp.
- VERA, P. (1991). *Luto eterno y otros cuentos*, estudio introductorio, cronología y notas de Darío Moreira. Quito: Libresa.
- _____ (1993): *Gracias a la vida. Memorias*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- _____ (2000): *El tiempo invariable*. Quito: La Iguana Bohemia,.